

# Sara Jaramilla Klinkert *Cómo maté a mi padre*

Susanna Regazzoni

Università Ca' Foscari Venezia, Italia

**Reseña de** Jaramilla Klinkert, S (2020). *Cómo maté a mi padre*. Barcelona: Lumen Editorial, 256 pp.

El debate acerca de las características de las escrituras del yo, o lo que ha venido definiéndose como autoficción, es tema de discusión presente en la crítica literaria latinoamericana de los últimos años. La discusión avanza a pesar de ser una elección discursiva frecuente en la narrativa contemporánea que, además, presenta una importante tradición que remonta a las crónicas de Indias del siglo XVI. Los dispositivos discursivos narrativos de dicho género como andamiaje textual permiten expresar con más intensidad la historia reciente del continente, historia difícil y violenta, cuya memoria pertenece, a menudo, a la experiencia vivencial de muchos autores y autoras. Esta elección narrativa se funda en un pacto ambiguo con el lector que implica una mezcla indefinida entre autobiografía y ficción, donde quien escribe no dice necesariamente 'la verdad' aunque habla de sí mismo. En este caso el espacio que divide los citados modelos formales se reduce y la autobiografía se acerca al espacio movedido de la ficción. Hay nombres conocidos y reconocidos que a lo largo del siglo XX han optado por esta elección, desde la mexicana Elena Poniatwska (1932) hasta el argentino Rodolfo Walsh (1927-1977), sin



**Edizioni**  
Ca' Foscari

Submitted 2022-09-04

Published 2022-12-16

#### Open access

© 2022 Regazzoni | © 4.0



**Citation** Regazzoni, S. (2022). Review of *Cómo maté a mi padre*, by Jaramilla Klinkert, S. *Rassegna iberística*, 45(118), 375-378.

**DOI** 10.30687/Ri/2037-6588/2022/19/014

embargo, en muchos casos más que una elección resulta ser una necesidad, y puesto que la escritora de la novela en cuestión es colombiana, al comentar el tema, no se pueden obviar la historia reciente de su país natal y las consecuencias vivenciales que el pueblo colombiano ha tenido que vivir a lo largo de los últimos sesenta años. Con respecto a la estrecha relación entre historia, autobiografía y narración es necesario recordar a Héctor Abad Faciolince (1958), autor de *El olvido que seremos* (2006), libro indeleble que, de alguna forma, viene a ser un modelo para la escritora y periodista Sara Jaramillo quien, en sus agradecimientos finales, lo recuerda «A Héctor Abad Faciolince por darme alas» (255).

*Cómo maté a mi padre* se desarrolla en los terribles años noventa colombianos, cuando la crónica del país se caracteriza por uno de los momentos más violentos del conflicto armado entre el estado y diferentes actores armados (narcotraficantes, paramilitares de extrema derecha, crimen organizado, guerrilleros, etc.), enfrentamientos que, según el informe *¡Basta ya!: Colombia: memorias de guerra y dignidad* (2013) provoca 220 000 muertes entre 1958-2012. A finales de la década de 1980 y comienzos de la de 1990 el gobierno empieza a perseguir y a extraditar a los capos de la droga. Esto desencadena una oleada de violencia conocida como narcoterrorismo. El dinero del narcotráfico ayuda también a financiar grupos guerrilleros y paramilitares protagonistas de un violento conflicto agudizado en las décadas de los años que van de 1990 a 2000. Son los años en que se desarrolla la historia narrada en *Cómo maté a mi padre*, asombrosa primera novela basada en un hecho real, la muerte del padre de la protagonista niña en 1991 -el año con más asesinatos en Colombia-, acontecimiento que acompaña su existencia a lo largo de su infancia y juventud, hasta llegar a la escritura del libro que se construye a través de un extraordinario ejercicio de introspección. La mujer que escribe recuerda su infancia y relata su existencia a partir del trágico acontecimiento que marca y condiciona toda su vida; la muerte del padre, Pompilio Jaramillo, abogado que representa a grandes sindicatos, asesinado por los disparos de un sicario a las puertas de la casa de la abuela de la autora niña. Una historia común a muchos colombianos que en aquellos años vivieron la misma violencia a través de lutos que afectaron a la familia. La narradora relata el drama de la pérdida del sentimiento de pertenencia a una familia feliz en la finca donde creció con sus cuatro hermanos; drama anticipado por un primer intento fallido de haberle disparado al padre de Jaramillo, con sus hijos y esposa en el coche y el pistolero tratando de apuntar mientras mira la niña al otro lado de la ventanilla en la parte de atrás. El relato trata también de una familia destruida, de la pérdida de uno de sus hermanos, de su paso a la edad adulta con la firme idea de no tener hijos y finalmente el encuentro con un hombre sin padre víctima de la misma tragedia, conectada con su historia. La

autora arma la narración uniendo pedazos dispersos para componer su historia que es, al mismo tiempo, la historia del país.

A través de treinta breves capítulo/textos titulados, que van del «Señor caído» a «Cómo maté a mi padre», se asiste al asesinato del padre de la protagonista a través de los ojos atónitos de la niña que fue. La primera persona narradora logra representar la mirada y las emociones de una chica en cuya vida sufre un trauma que, quizás, pueda, finalmente, aliviarlo gracias a la transformación de una mujer capaz, por primera vez, de expresar y poner en orden una serie de hechos y sentimientos que continúan sin justificación. El tono es seco, contenido, casi austero, sincero con algunos momentos absurdos que provocan una sonrisa, la escritura no es nunca autocomplaciente, más bien directa y conmovedora. La sorpresa, el dolor, la incompreensión del drama es lo que los transforma en un grupo de personas destrozadas que no pueden salir del drama porque nunca han logrado una explicación de lo sucedido; un drama alimentado por el silencio, otra arma mortal que puede destruir las existencias de quienes se niegan a expresar sus miedos. *Cómo maté a mi padre* es la manera con la que Sara Jaramillo intenta responder a este silencio destructor sobre un acontecimiento existencial definitivo que todavía sigue afectando profundamente porque hay muchas otras muertes todavía no aclaradas; aún sin justicia. Autorretrato íntimo y, al mismo tiempo, imagen de una época que marcó Colombia, en especial Medellín, donde casi toda familia carga con el dolor de un muerto asesinado.

Jaramillo se aleja del conocido relato del narcotráfico colombiano acompañado por la violencia narrada en muchas películas tremendistas y artículos de crónica social; su deseo es el de contar una historia personal que, al mismo tiempo, es la misma de muchos colombianos. Permanece el miedo y el chantaje que se intensifica junto al dolor de las ausencias que condicionan el desarrollo de la existencia de los que quedaron que ya no son y ni nunca podrán volver a ser lo que fueron.

Sara Jaramillo Klinkert pertenece a lo que se define como nuevo boom de escritores y escritoras latinoamericanos –a menudo residentes en España–, que han recibido premios internacionales, sus obras se difunden a ambos lados del océano y han sido traducidas a muchos idiomas, entre estas, Karina Sainz Burgos (Venezuela), Natalia García Freire (Guatemala), Mónica Ojeda (Ecuador), Vera Giacconi (Uruguay), Arelis Uribe (Chile), Valeri Luiselli (México), Mariana Torres (Brasil), Liliana Colanzi (Bolivia), Claudia Ulloa Donoso (Perú), Gabriela Weiner (Perú), Denise Phé-Funchal (Guatemala), Fernanda Melchor (México), Laia Jufresa (México), Fernanda Trias (Uruguay), Giovanna Rivero (Bolivia), Jasmina Barrera (México) y muchas otras, que presentan historias poderosas, herederas, en parte, de la gran tradición narrativa latinoamericana y, al mismo tiempo, totalmente innovadoras. Estas jóvenes autoras –nacidas entre los años setenta

y ochenta- rechazan la etiqueta de ‘nuevo boom’ con que la prensa y parte de la crítica las ha definido. Como ya ha pasado, también ellas son entrampadas en un paradigma editorial que, una vez más reproduce una mirada eurocéntrica, exótica que poco tiene que ver con esta nueva generación de artistas, herederas de una tradición insoslayable que se remonta a Sor Juana Inés de La Cruz. Además, como declaran muchas de ellas, no se trata de que ahora exista más calidad literaria o un mayor número de escritoras latinoamericanas, el cambio está en la recepción junto con el impulso de los movimientos feministas de América Latina durante la última década, que propiciaron que las editoriales prestaran más atención a la literatura escrita por mujeres y que los premios las tuvieran en cuenta. Se trata de dar a conocer, en definitiva, lo que ya existía desde hace mucho tiempo y que, gracias a la labor de escritoras, académicas y otras artistas en distintas áreas del pensamiento contemporáneo, ha salido a flote; una producción de alta calidad y absolutamente original.